

gloria, señor y autor de todos los milagros. Creó desde luego los hijos de los hombres para cubrir el cielo, ¡Criador santo! la mansion del vigía del pueblo humano, ¡Señor eterno! y luego formó la tierra para los hombres, ¡Príncipe todopoderoso!»

Se ha atribuido recientemente a Caedmon una poesía puramente descriptiva de la Creación, y si en efecto es su autor este poeta, sus dotes poéticas no pueden ser estimadas en poco, como se ve por el pasaje siguiente:

«Los campos no existían todavía, la yerba no verdegueaba; el océano lo cubría todo, las negras olas todo lo oscurecían y dominaban. Entonces brilló en la gloria, llevado sobre la superficie de las aguas, en la plenitud de la bendición, el espíritu del Padre de los cielos. Dijo el Señor de los ángeles que la luz, beneficio de la vida, se extiende sobre las tinieblas, y en seguida fué cumplida la orden del Rey supremo: la luz santa se esparció por la desordenada creación, como el Criador lo había ordenado.»

Asimismo, tomando pié del pasaje 1, Moisés, 14, describe gráficamente una batalla, con los rasgos tan peculiares de los belicosos anglo-sajones de aquel siglo:

«Las lanzas estaban levantadas y caían juntas, diezmando el ejército combatiente; el negro cuervo, el ave de humedecidas plumas, canta entre la lluvia de dardos, esperando los cadáveres de los soldados. Los héroes mas valerosos se apresuran á formar grandes grupos, hasta que las masas, protegidas por sus yelmos, se extienden por el Sur y por el Norte. Entonces trábese sangriento combate, cambiándose golpes mortales; oyesse el espantoso clamoreo de guerra y los ruidosos golpes de los ejércitos combatientes. Los mas valientes sacan de la vaina las espadas de redondeada punta (1).»

Caedmon, que probablemente murió en 680, es el primer representante de aquella poesía popular que no se desdén de tratar asuntos religiosos, á pesar de ser estos extraños á ella, y que, —para salirse de algunas composiciones sin nombre que no carecían ni de la fuerza del canto popular ni de la intimidad del sentimiento ni, en parte, de la belleza poética,—maduró en el siguiente siglo en la colección de canciones de *Cristo*, que compuso un bardo del Northumberland llamado Cynewulfo. Durante el período que medió entre Caedmon y Cinewulfo, floreció el sajón occidental Aldhelmo, que no puede ponerse al lado del rey Alfredo, maestro de la poesía anglosajona, pero que trató con mas arte la misma materia. Aldhelmo era discípulo del abate Adriano, que había llegado al país con el arzobispo Teodoro; fué despues abad de Malmesbury, y por último obispo de Chereborne, en cuya dignidad murió en 709. Era hombre muy instruido que dominaba por completo la ciencia de su época, como lo demuestran sus obras latinas. De estas, unas están escritas en prosa, como el célebre libro sobre la fama de la virginidad, para la glorificación y profundización de la vida de las monjas, y otras en verso, como el libro sobre la gloria de las vírgenes, con el cual el autor completa el anterior y lo amplía con la descripción de los ocho principales vicios. Otras obras están escritas en prosa y en verso, como la carta á Acircio, es decir, al rey Aldfrido de Northumberland, en la cual encontramos la antigua métrica, y además, como descanso y recreo, cien lindos epigramas en exámetros, intercalados en la narración. Caracteriza todas estas obras una erudición fatigosa, amante de nombres, citas y reminiscencias de las literaturas griega y romana, erudición que se observa, principalmente, en los escritos de polémica contra los britanos que cita Beda. Esta cualidad no podía expresar las formas poco comunes de Aldhelmo, el

(1) No habiendo podido ver las *Poesías de los anglo-sajones*, de Grein, tomo estas citas de la traducción que de aquellas ha hecho Brink, en su *Historia de la literatura inglesa*, tomo I. Berlin, 1877.

cual podía decir que sabía escudarse lo propio con el yelmo de la poesía que con el escudo de la prosa. Desgraciadamente, no nos es dado juzgar la manera que tenía este autor, que dominaba la forma antigua, de emplear el lenguaje popular, en el cual no podía ser maestro. Sin embargo, la influencia que en él ejerció puede comprenderse por el hecho de que Aldhelmo en sus composiciones latinas, así en su prosa como en su poesía, hizo gran uso de la aliteración, y en la poesía rítmica semi-sátrica sobre un viaje en una noche tempestuosa, en la cual aparecía en primer término la aliteración, unía los versos octosílabos de dos en dos por medio de una rima.

En las obras literarias de Aldhelmo, el elemento mas importante es la forma, por mas que sea mucha su ciencia; en Beda, en cambio, lo encontramos en el fondo. La vida de Beda es verdaderamente la de un hombre erudito. En el final de su obra mas importante, *Historia eclesiástica de los anglos* (2), él mismo dice que nació en las comarcas costaneras que se extienden entre el río Wear (del Northumberland) y el Tyne, y que á los seis años sus parientes lo confiaron, para que fuera educado, al primer abad de Wearmouth, Bishop Benedicto, el cual tan familiarizado se encontraba con la Italia como con la Inglaterra, y solía volver de sus frecuentes viajes al Sur con un gran número de manuscritos y cuadros, como tambien muchos profesores y artistas. Segun parece, Beda fué colocado en el convento filial de Jarrow, al Sur de la desembocadura del Tyne. A los diez y nueve años fué ordenado de diácono y á los treinta se le confirió la dignidad sacerdotal. Todo el tiempo que le dejaba libre la regla del convento, lo dedicaba á aprender, enseñar y escribir, es decir, á copiar; pero desde que fué consagrado sacerdote, comenzó á escribir por su propia iniciativa, publicando una numerosa serie de obras que ofrecen, en su conjunto, una especie de enciclopedia de la ciencia de aquel tiempo, y que fueron, en su mayor parte, libros de texto en tiempos posteriores. Al enumerarlas, coloca en primer término las teológicas, que son en mayor número; á estas siguen las epístolas, llenas de erudición, las obras históricas, las poesías,—himnos en distintos metros y epigramas en dísticos,—y por último, los libros pedagógicos sobre geografía, cronología, historia universal, ortografía, métrica y retórica. Respecto á sus dotes poéticas, si hemos de juzgarle por el himno (*Historia eclesiástica*, IV, 20) dedicado á la reina Ethelryda,—único que se conserva,—Beda no las poseía en alto grado, y bien puede decirse que bajo este concepto era inferior á Aldhelmo, al cual, sin embargo, aventajaba en claridad de expresión. Esta última cualidad dió á sus obras en prosa gran influencia, y juntamente con su inteligente concepción y con su afán de escribir fielmente la verdad, contribuyó á comunicar á sus obras un valor excepcional para el estudio de la historia de los anglo-sajones. Entre estas obras figuran: la biografía del obispo Cuthberto de Lindisfarne, para la cual Beda utilizó una obra antigua y las narraciones de los contemporáneos del mismo obispo; la biografía de Benedicto y de su sucesor en las abadías de Wearmouth y Jarrow, que nadie podía escribir con tanto gusto é imparcialidad como Beda, cuya vida había transcurrido en íntimo trato con él; y por último, el estudio para nosotros mas precioso de cuantos á él se deben, á saber, la *Historia eclesiástica de los anglos*, sin la cual todo el antiguo pasado en Inglaterra no sería quizás mas que una hoja en blanco. La dedicatoria al rey Ceowulfo de Northumberland, en la cual menciona los medios de que se valió, nos da idea del cuidado con que escribió aquella obra. Ciertamente en mucho tiempo

(2) Véase mas arriba.

apenas salió de su convento, pero en él tuvo ocasión de alternar con personas muy instruidas que le facilitaron con gusto todo cuanto podía servirle para su objeto. En este número puede citarse al abad Albino de Cantorbery, discípulo de Teodoro, el cual ora le enviaba copia de los documentos que en su abadía se guardaban, ora le trasmitía, por conducto del sacerdote londonense Nothelmo, arzobispo de Cantorbery desde el año 735, noticias verbales sobre los acontecimientos de aquella comarca. En otra ocasión, este mismo Nothelmo le envió copias de las cartas de Gregorio Magno que referentes á Inglaterra se encontraban en los archivos pontificios. Beda pudo utilizar respecto del Wessex las noticias del obispo Daniel; en lo relativo á Mercia, los datos coleccionados en el convento de Lestingham; en lo referente á Estanglia las notas escritas y verbales de un abad Esi, y por lo que toca á Lincoln, las del obispo Cyniberto. En el curso de su narración histórica, citanse además otros nombres, siendo tambien obras que consultó mucho la Vida del obispo Wilfrido, escrita por Eddi, y los escritos de polémica contra los britanos y su manera de calcular la Pascua. En la obra de Beda no hemos de buscar una descripción igualmente circunstanciada de todas las partes del territorio y de todos los períodos, pues para ello ni el autor disponía de material suficiente ni lo permitía el plan de la obra, que no debía ser sino la historia de la cristianización de los germanos en Britania. Es, pues, natural, dada esta limitación, que la narración se detuviera con preferencia en el Northumberland, patria de Beda, acerca de la cual podía tener mayor número de datos, primero por los documentos que se custodiaban en su convento, luego por las noticias verbalmente transmitidas por «testigos fidedignos», como dice Beda, y finalmente, por sus propias investigaciones. Beda termina su trabajo pasando revista á los obispos que en 731 había en su país; entonces contaba él cincuenta y nueve años de edad, y cuatro años despues falleció, probablemente en Jarrow, donde fué enterrado.

Las relaciones de Beda nos enseñan hasta qué punto había arraigado en todo el reino de los anglo-sajones el gusto por los trabajos literarios. Los misioneros que de allí salían llevaban este gusto consigo al extranjero, y un hombre como Winfredo-Bonifacio, que superó á todos sus antecesores en sus trabajos de mision entre los alemanes del continente, se entretuvo en describir para su hermana, que se había quedado en su patria, en forma de enigmas poéticos, las virtudes y los vicios, y en demostrar su habilidad para hacer los mas agudos versos, que tan en boga estaban en aquel siglo (1). Apenas es dado formarse una idea de la correspondencia que se cruzó, á mediados del siglo octavo, entre los anglosajones del continente y los de Inglaterra, y de la cual casi no tenemos otro testimonio sino la que medió entre Bonifacio y su sucesor en Maguncia, Lullus (2). Los amigos de una y otra parte se daban mútuas noticias de su estado corporal y amonestaciones para el estricto cumplimiento de la disciplina eclesiástica; se alegraban de los progresos que hacían las misiones y no cesaban de recomendarse recíprocamente la oración. Los del extranjero enviaban á los reyes de su patria halcones y armas, y á los obispos y abades, ropas de lana y de seda, y libros, recibiendo de ellos, en cambio, cuchillos, campanas, objetos del culto, y sobre todo libros, especialmente copias de las obras de Beda. Esta correspondencia amistosa y útil llegó á su mayor extensión á fines del siglo,

(1) Las poesías de Bonifacio han sido publicadas en pequeños fragmentos anglo-sajones á manera de muestra, por E. Dümmler, en la obra: *Poetae Latini aevi Carolini*, I, (*Mon. Germ. hist. Poetae Lat. medii aevi*, I), Berolini, 1881, 4.º De esta edición hemos tomado los versos de

cuando de la escuela de York salió Alcuino, el maestro de los francos.

Bosa, Juan y Wilfrido II, sucesores de Wilfrido en el obispado de York, del cual había tenido que huir este en 678, fueron hombres excelentes que se distinguían por sus dotes eclesiásticas, sin que por esto desempeñaran un papel muy importante. No sucedió lo mismo despues de la muerte de Wilfrido II, acaecida en 29 de abril del año 732. Su sucesor Egberto, primo de Ceowulfo, que en 729 fué nombrado rey del Northumberland por haberse extinguido la antigua dinastía, recibió en 735 de Roma la dignidad arzobispal, que solo había tenido Paulino, fundador del obispado. La consideración de que gozaba se aumentó cuando recayó la monarquía en Eadberto, despues de la abdicación de su hermano Ceowulfo. El arzobispo y el monarca marcharon en

Bonifacio que insertamos aquí, y en los cuales el acróstico, el telesticon y el romboide forman dos veces los versos siguientes:

*Vynfrith priscorum Duado congesserat artem  
Viribus ille iugis iuvavit in arte magistrum.*

Uersibus en iuuenis durant et carmina cantu  
Ymnos namque dei ymnica dicta uiri  
Nisibus eximiis re nouant carmina lector  
Fulmina namque plus frangere iudicii  
Regmina temporibus torquebit torribus et sub  
Excelsi fatu omnia saecula diu  
Tuta tenent iusti pariter tum taenia sanctis  
Hic dabitur regni aurea hacque pii  
Per caeli campos stipabant pace tribunal  
Regnantes laudant limpida regna simul  
In pia perpetuae ut dominantur gaudia uitae  
Sordida in terris spernere gesta uiri  
Cautum est ut numquam defleant supplicia casu  
Omnes gentiles impia origo magog  
Regmina ut perdant perit er sub tartara trusi  
Unus nempe deus saecula cuncta susi  
Mirifico absolvens uitalia tradidit amni  
Diues in arte sua omnia sancta gradu  
Victor nam Jesus Xristus sicque ordinat actu  
Dapsilis in pastis uer nistua fata dicanda  
Deuotis concede tibi cum laudibus idtu  
Omni potens genitor fac no stro in pectore poni  
Casta suum resonans rec torem ut lingua cantet  
O deus in solio iudex regnator olimpi  
Numina namque tuum monstrant per saecula nomen  
Gentibus inuastis caelebrant et gaudia mira  
Edite in terris saluasti secla redemptor  
Spiritus aethralem tibi laudem splendidus aptet  
Subiciens hominem et perlustrans lumina terrae  
Egregium regem gnatum praeconia faustum  
Ruricolae iugiter dicant cum carmina clara  
Almoque feruens gremio signabat abisag  
Totum quo radians constat sapientia iusti  
Architenens altor qui sidera clara gubernas  
Rurigenae praesta ut certus solamina possit  
Tradere per sacras scripturas grammate doctor  
Excerptus prisco pu erorum indaginis usu  
Magna patri et proli cum flamine gratia dicam

COMPOSICIÓN POÉTICA DE WINFREDO-BONIFACIO

(2) En Jaffé, *Bibliotheca rerum Germanicarum*, III, 8, 312. El orden cronológico de las cartas de Bonifacio ha sido objeto de grandes polémicas. Demasiado tarde para utilizarlo, ha llegado á mis manos el libro de Hahn: *Bonifacio y Lul. Sus correspondencias anglo-sajones* (Leipzig, 1883).

perfecta armonía, hasta que en el año 758 Eadberto ingresó en un convento. Desde entonces el Northumberland pasó por un período borrascoso, á consecuencia de las muchas revoluciones que por causa del trono estallaron. Ignórase la conducta que en medio de tales disturbios observó Egberto, que falleció en 24 de noviembre del año 766; mucho era ya que no decayera del florecimiento que había alcanzado la escuela de York, por él fundada. Al frente de esta había puesto Egberto á un pariente suyo, Aelberto, el cual, según dice su discípulo Alcuino, poseía, como Beda, todas las ramas del saber humano, trabajando y enseñando al propio tiempo. Pero Aelberto no se contentó, como Beda, con los recursos que encontraba preparados ó que otros le proporcionaban, sino que hacia frecuentes viajes para enterarse por sí mismo de todo cuanto en libros y estudios ofrecía el extranjero. Aelberto fué el sucesor de Egberto en el arzobispado; terminó el magnífico templo cuya construcción había comenzado Wilfrido y confirió antes de entrar en el convento (778) á Alcuino la dirección de la escuela y la inspección de su «querida biblioteca» que, según su cuenta, contenía todo aquello «que Roma había creado, lo que Grecia había dejado á los latinos y lo que el pueblo hebreo había recibido de la inspiración divina.» Alcuino, sin embargo, no permaneció mucho tiempo en aquel puesto. Cuando procedente de Roma, donde había recibido el palio para el arzobispo Eanbaldo, se disponía á regresar á su patria (781) trabó conocimiento con Carlo-Magno, el cual reconoció en él al hombre á propósito para sacar al clero y á los magnates del reino de los francos de la degradación en que se encontraban. Alcuino respondió á este llamamiento, quizás porque los desórdenes de su patria no le ofrecían grandes seguridades de ejercer pacíficamente su misión, y sabido es cómo realizó las esperanzas que en él había cifrado Carlos y cuál fué su posición en la corte de aquel monarca, donde fué su consejero en todo aquello que á la Iglesia y á la enseñanza se refería. Posteriormente, después de una visita que hizo á su patria, se le confirió la dignidad de abad de Tours, abadía que fué el punto de partida en el desenvolvimiento general de la civilización del continente (1).

La Iglesia anglo-sajona se distinguía, pues, por su fe ardiente y por su ciencia; esta, desde la época de Alcuino, se propagó de las escuelas y de las celdas de los conventos á la sociedad seglar; de suerte que en esta había muchos lectores aplicados de las obras religiosas y científicas de la Britania. Con mucha frecuencia dedicábanse obras á los reyes. Pero esta propagación de la cultura científica romano-eclesiástica no significaba opresión del espíritu y del carácter nacional; y como la constitución y el derecho del pueblo no solo se mantenían firmes en frente de la influencia extranjera, representada por el clero, sino que dominaban á este, vióse la Iglesia precisada á dejar en las prácticas del culto un lugar al idioma popular. Así se comprende fácilmente que desde muy antiguo fuera traducida al anglo-sajón la oración principal, es decir, el Padre-nuestro. Los libros de la Biblia para hacerlos inteligibles al pueblo fueron en parte traducidos,

(1) El mejor juicio sobre las dotes literarias de Alcuino se encuentra en la obra de Adolfo Ebert: *Historia general de la literatura de la Edad media en Occidente*, II, 12-36, que contiene abundantes datos bibliográficos. Las obras de Alcuino fueron coleccionadas por Froben (Ratispona, 1766, 4 fol.) y luego por Migne en su *Patrologia*, cuadernos 100 y 101. Hállase una excelente edición de sus cartas en Jaffé, *Bibliotheca rerum Germanicarum*, vol. VI, *Monumenta Alcuiniana* (Berolini, 1873, 8.º). Sus poesías han sido continuadas por Dümmler en la obra citada, págs. 160-350. A nosotros lo que especialmente nos interesa es la poesía épica: *De sanctis Eboracensis ecclesie* (es decir, de York), que es una obra de Beda puesta en verso, pero que tiene valor propio porque acaba el trabajo de aquel autor.

como el Evangelio, que lo fué en 680, y en parte puestos en versos libres por Caedmon, Aldhelmo, Cynewulfo y otros muchos. El objeto que con ello se propuso la Iglesia se consiguió tanto más fácilmente cuanto que para estas poesías se adoptaron la epopeya y la forma lírica nacionales. Estas composiciones eran cantadas en el templo y acompañadas de cuando en cuando por un órgano, que vemos mencionado por vez primera en Aldhelmo. También han llegado hasta nosotros una porción de homilias predicadas en anglosajón y quizás no se celebraba en todas partes la misa en el idioma peculiar de la Iglesia.

Las predicaciones de la Iglesia sobre renuncia de ciertos empleos y el hecho de que la poesía religiosa popular señalara como ejemplos dignos de veneración á los que se habían distinguido por sus mortificaciones, no turbaron la alegría del pueblo germano, de la que apenas pudieron huir los sacerdotes del siglo VIII, procedentes casi todos de las filas del pueblo. El mismo Bonifacio, con ser quien era, no fué enemigo de los placeres lícitos: en cierta ocasión envió al arzobispo Egberto de York un barril de vino para que pasara un buen día en compañía de su comunidad; lo que censuraba era el afán immoderado de bebida que caracterizaba á sus compatriotas, así á los sacerdotes como á los seglares, los cuales en este vicio excedían mucho á los francos, longobardos, romanos y griegos. Cuando el obispo Wilfrido hubo terminado el magnífico templo de Ripon, celebróse con motivo de la consagración del edificio un banquete que se prolongó durante tres días y tres noches. El concilio de Clovesho (747), con gran acierto, no prohibió en absoluto á los sacerdotes tomar parte en banquetes, contentándose con aconsejar que se evitaran la molición y las bufonadas (*scurrilitates*), bajo cuyo nombre se han de entender las canciones báquicas, satíricas y amorosas. Cuando los germanos bebían, se entregaban al canto, que tan difícil era para Caedmon antes de sentir la inspiración poética, á la composición de frases ó canciones nacidas del momento para pulsar la lira, al canto de las antiguas composiciones heroicas, en las cuales, sin cuidarse para nada del sentimiento religioso de entonces, se conservaban aun mucho tiempo después los antiguos mitos y los dioses y héroes paganos. Las genealogías de los reyes comenzaban siempre por nombres de dioses. La historia de la epopeya de Beowulfo terminó en el año 700, y á juzgar por la forma en que nos ha sido transmitida, y á pesar de que es probable que la terminara un sacerdote, este no se cuidó de borrar de ella el carácter pagano popular que todo su conjunto respira (2). El idioma de los anglo-sajones convertidos conservó los nombres de los dioses destruidos, mas fácilmente que el de los germanos del continente, como lo muestran los nombres de los días de la semana, y transmitió á las fiestas cristianas las denominaciones de las paganas. Los templos destinados á los antiguos dioses podían ser utilizados para el servicio del nuevo Dios, siguiendo las prescripciones de Gregorio Magno; las antiguas creencias hubieron de buscar otro asilo, y á pesar de que el rey Carconberto de Kent, ordenó bajo severas penas la destrucción de los ídolos, el rey Withredo y el gran consejo de Kent tuvieron que castigar nuevamente, medio siglo después, el culto pagano. «Si un marido, ignorándolo su mujer, hace sacrificios al demonio, perderá todos sus bienes y el *halsfang* (una parte especial de su *wehrgeld*, ó sea de sus bienes). Si

(2) Ten Brink, *Historia de la literatura inglesa* (Berlin, 1877), I, 34. El mismo, pág. 39, sobre el fragmento de la batalla de Finnsburgo y el de Waldere. Beowulfo y la batalla de Finnsburgo demuestran la relación que existe entre la leyenda anglosajona y la septentrional, y Waldere (Walther de Aquitania) la que hay entre las composiciones épicas de las demás tribus germanas.

ambos hacen sacrificios al demonio, perderán ambos el *halsfang* y el *wehrgeld*. Si es un siervo, pagará la falta con seis schelines ó con su piel,» es decir, la flagelación. La legislación hasta el siglo XI penaba la adoración que se prestaba á árboles, fuentes y piedras sagradas. Había palabras mágicas para todos los usos, contra los sortilegios, los tumores y los malos partos; para hacer fértiles los campos, eficaces las medicinas de yerbas y prósperos los viajes, y para recobrar el ganado que había huido ó había sido robado. En la mayoría de los casos, procurábase conseguir el fin propuesto conjurando á Cristo, á la Virgen y á los santos; pero tampoco dejaba de invocarse á Wodan. De suerte que la vida de los anglo-sajones durante el primer siglo de su cristianización, nos ofrece una mezcla de cristianismo y de restos del paganismo. Los entierros paganos habían desaparecido, pues la gente se había acostumbrado á enterrar á los muertos en lugares sagrados, pero á pesar de esto sus allegados les llevaban, como en lo antiguo, diariamente, á la tumba manjares para la otra vida.

La mejor fuente para estudiar la vida popular de los anglo-sajones durante el período de que estamos tratando y para conocer el grado de cultura á que llegó el pueblo, serían las leyes que entonces estaban en vigor, si estas hubiesen sido escritas, y si coleccionadas hubiesen llegado hasta nosotros. Pero no acontece ni lo uno ni lo otro (1). De los siglos anteriores á Alfredo, no tenemos mas que cuatro leyes, de las cuales la mas antigua,—que regia todavía en tiempo de Beda según su propio testimonio,—lleva el nombre de Ethelberto, primer rey cristiano de Kent, y que, á juzgar por su epígrafe, debió de ser publicada en tiempo de Agustin, es decir, entre los años 596 y 607. Esta ley, como las otras de que hablaremos, difiere del derecho popular de los alemanes del continente; está redactada, no en latín, sino en anglosajón, y por su contenido, y á pesar de que la forma del lenguaje ha sido alterada al ser copiada en un manuscrito relativamente moderno, tiene cierto carácter de antigüedad que se manifiesta también por la influencia del cristianismo y del clero en las severas penas con que se protege la propiedad eclesiástica.

La corta extensión de la ley de Ethelberto, que solo contenía 90 preceptos, impide creer que en ella estuviera contenido todo el derecho de Kent. Con esta ley no se proponía el legislador sino fijar por medio de la escritura y para que mejor lo recordaran los jueces, el sistema popular de penas para el robo, la indisciplina, el rompimiento del vínculo matrimonial y las lesiones corporales, sistema que se basaba en el doble concepto de la condición del agresor y de la del agredido; y como estas leyes que de Kent han llegado hasta nosotros se limitaban á algunas cuestiones jurídicas, bien que á las mas usuales, las leyes de los reyes Hlothar (673-685) y Eadriko (685-686) de Kent se redujeron á simples ampliaciones de los principios sentados por sus antecesores, y especialmente á hacer mas rigurosos los castigos contra los agravios de palabra y de obra. Lo propio acontece con las leyes de Withredo de Kent que siguieron inmediatamente á aquellas. En un *witewagemot* que se celebró con asistencia del arzobispo de Cantorbery y del obispo de Rochester, «aprobaron los magnates estos principios y aumentaron con ellos el derecho de Kent.» En ellos se señalaban penas contra todos los delitos, y especialmente,—y esta es la novedad,—contra los que afectaban á los mandatos y á los derechos de la Iglesia. Por último, las leyes del rey Ine de Wessex (688-726)

(1) Véase Reinhold Schmid, «Las leyes de los anglo-sajones, en su idioma primitivo, con la traducción, con aclaraciones y con un glosario antiguo,» 2.ª edición, Leipzig, 1858.

que indudablemente se promulgaron al mismo tiempo que aquellas, son mas completas, se refieren á mayor número de cuestiones jurídicas y son mas expresivas en lo que toca á los mandatos de la Iglesia y á la policía rural.

Esto es todo cuanto ha llegado hasta nosotros en punto á la legislación de aquel período; pero es indudable que los demás reinos anglo-sajones tuvieron también sus leyes. Respecto de Mercia, lo atestigua expresamente Aelfredo, el cual en su legislación invoca á sus antecesores, especialmente á Ethelberto y á Ine y al gran rey de Mercia Offa, de cuyas legislaciones no queda huella ninguna. En cuanto á las relaciones jurídicas de los demás Estados anglo-sajones,—fuera de Kent y de Wessex,—están envueltas en completa oscuridad, á excepción de algunas noticias ú observaciones accidentales que sobre algunos puntos aislados hacen ciertos escritores; de manera que respecto de ellas hemos de limitarnos á la simple presunción de que las presiden los mismos principios fundamentales, fundada en que las raíces de la vida popular son en todas partes semejantes.

Pero el derecho vigente en Kent y en Wessex durante el siglo séptimo y á principios del octavo, no se limitó á aquellas leyes, que tienen de común la idea, no de presentar un sistema completo, sino de resolver algunas cuestiones aisladas, respecto de las cuales ó había dudas ó era conveniente dar explicaciones mas claras, de manera que por ellas no sabemos lo que en aquellas comarcas era tradicional ó tenia, por acuerdo de todos, fuerza de derecho y debía ser invocado ante los tribunales, si bien aun para esto tampoco eran necesarias las tales leyes.

A pesar de esta doble limitación, respecto de su validez y de su contenido, las leyes de los reyes Ethelberto, Hlothar, Eadriko y Withredo de Kent y las de Ine de Wessex ofrecen algunas particularidades interesantes. Las penas para las lesiones corporales (la muerte se purgaba pagando el *wehrgeld* del muerto y además una multa al rey) estaban reguladas en las leyes de Ethelberto de la manera siguiente (cap. 37-72, 86 y 87):

«Si alguno corta un pecho (?) lo indemnizará según su valor.

Si arranca la cabellera pagará 50 skátes (2) de multa.

Si disloca un hueso, 3 schelines.

Si lo rompe, 4 schelines.

Si rompe los del cráneo, 10 schelines.

Si rompe uno y otro, 20 schelines.

Si golpea la espalda, 30 schelines.

Si deja sordo un oído, 25 schelines.

Si corta una oreja, 12 schelines.

Si atraviesa una oreja, 3 schelines.

Si desgarrá (?) una oreja, 6 schelines.

Si vacía un ojo, 50 schelines.

Si hiere en la boca ó en un ojo, 12 schelines.

Si atraviesa la nariz, 9 schelines.

Si corta una mejilla, 3 schelines.

Si corta las dos, 6 schelines.

Si rompe un maxilar, 20 schelines.

Si rompe los cuatro primeros dientes, 6 schelines por cada uno; el diente que viene después vale 4 schelines, el que está junto á este, 3, y los demás un schelin cada uno.

Si hace perder el habla, 12 schelines.

Si rompe la clavícula, 6 schelines.

Si corta un brazo, 6 schelines; si lo rompe, 6 schelines.

Si corta un pulgar, 20 schelines; si la uña del mismo

(2) En Kent, 20 skátes equivalían á un schelin, y 20 schelines á una libra.